

por medio de líneas, y teniendo en cuenta que el descendiente respectivo de uno que esté marcado con el número 4, se debe buscar entre los marcados con el número 3, y el descendiente de uno señalado con el número 3, entre los señalados con número 2; para escribirlos en orden inverso al que tienen en el primer cuadro.

Véase el desarrollo que se deduce del mismo ejemplo anterior, en la forma en que se debe incluir en la petición de dispensa. En este cuadro los contrayentes van puestos en letra *bastardilla* y los hermanos en *VERSALITA*.

## DEMOSTRACIÓN DE LA CONSANGUINIDAD

I	
1. DIOMEDES CORTÉS.	1. WENCESLAO CORTÉS.
2. <i>Anastasio Cortés.</i>	2. Horacio Cortés.
	3. <i>Sinforosa Cortés.</i>
II	
1. EDILBERTO VILLAR.	1. VICENTA VILLAR.
2. Segismunda Villar.	2. Dionisia Tobar.
3. Diomedes Cortés.	3. <i>Sinforosa Cortés.</i>
4. <i>Anastasio Cortés.</i>	
III	
1. ERNESTINA TOBAR.	1. EFRAÍM TOBAR.
2. Segismunda Villar.	2. Diógenes Tobar.
3. Diomedes Cortés.	3. Dionisia Tobar.
4. <i>Anastasio Cortés.</i>	4. <i>Sinforosa Cortés.</i>
IV	
1. ELEÁZAR ESCOBAR.	1. NEMESIO ESCOBAR.
2. Hortensia Escobar.	2. Vicenta Villar.
3. Elena Dussán.	3. Dionisia Tobar.
4. <i>Anastasio Cortés.</i>	4. <i>Sinforosa Cortés.</i>

Esto sería lo que aquí llamarían parentesco múltiple de 2.º grado con 3.º; 3.º con 4.º, y dos de 4.º grado; y en Roma, simplemente un parentesco de 3.º grado, y tres de 4.º

## SUPLICA

Agotados los fondos con que se contaba para la construcción del Templo Votivo del S. Corazón de Jesús, se suplica á los sacerdotes y fieles católicos contribuyan con sus limosnas para aquella obra, en cuya conclusión deben interesarse todos los colombianos.

## LA IGLESIA

ORGANO OFICIAL DE LA ARQUIDIOCESIS DE BOGOTÁ

Año I—Vol. I { Noviembre 15 de 1905 } Número 2.º

## CARTA PASTORAL

Nós Bernardo Herrera Restrepo

POR LA GRACIA DE DIOS Y DE LA SANTA SEDE APOSTÓLICA

ARZOBISPO DE BOGOTÁ

Al Venerable Clero Secular y Regular y á todos los fieles de Nuestra Arquidiócesis.

*Salud y bendición en nuestro Señor Jesucristo.*

Al estudiar la historia del linaje humano, fácil es, carísimos hermanos, reconocer cómo los hijos de Adán, á pesar de sus muchas miserias y flaquezas, han sabido buscar en sus propios hechos y en sus propias cualidades fundamento para enorgullecerse y sobreponerse á sus semejantes, ya sea como individuos, ya sea como familias ó como naciones. Así en épocas primitivas imperaba por completo la ley del más fuerte; y sabemos que el poder de las armas, y la voluntad del vencedor disponían sin contradicción de la suerte de pueblos y regiones, ayer prósperas, hoy reducidas á la miseria y á la servidumbre. El vigor de brazos robustos, no menos que la multitud de los combatientes, era, por lo mismo, motivo de orgullo para todos. Después de incontables vicisitudes por las cuales han pasado pueblos y naciones, salidos de la barbarie á la civilización, para hundirse luego en el polvo de ruinas y de olvido, tocamos ya al fin de este siglo; y ahora los hombres no se enorgullecen tanto con el poder de su fuerte brazo, cuanto por las conquistas que han hecho y hacen cada día en el campo del saber y de las cien-

cias. Nuestro siglo, en efecto, ha dado en apellidarse el siglo de las luces; y no podemos menos de reconocer que lo puede hacer con alguna justicia, si se tiene en cuenta los progresos que ha alcanzado en el estudio de la naturaleza; los maravillosos descubrimientos que ha realizado en las ciencias físicas, y la aplicación de ellas á las diversas exigencias de la industria, á la facilidad y rapidez de los viajes, y á la trasmisión de las ideas; y los laudables esfuerzos que se han hecho y se hacen por el desarrollo y educación de los pueblos. Empero, al lado de todos esos motivos de orgullo, ved, carísimos hermanos en el Señor, cuántas sombras quedan todavía por disipar, y cuántos misterios, aun respecto de cosas sencillas y triviales, faltan aún por descifrar; y si los últimos años del siglo en que vivimos nos prometen nuevos descubrimientos, también nos aparejan desengaños en el orden social como en el científico; por lo cual, forzoso es reconocer que la ciencia tiene sus límites; que el progreso no es indefinido, y que Dios, así como ha marcado el término de nuestra existencia, tiene también secretos que no se revelarán á las criaturas racionales por los esfuerzos de la sola razón, ni por los milagros de la inteligencia que se ejercita en el campo de este mundo material y sensible.

Los adelantos prodigiosos que se han hecho, y los secretos que se quiere arrancar todavía á la naturaleza, hacen que crezca el celo por los estudios, que surjan día por día nuevas empresas y nuevos institutos científicos, con métodos más completos, que al decir de los sabios van á llevarnos á un grado muy alto de perfeccionamiento y renovación del humano saber. La Iglesia, nuestra Madre, lejos de poner trabas á los legítimos esfuerzos de ese celo á que nos referimos, apoya y bendice las conquistas de la civilización y de la industria; y se aprovecha de todas para cumplir su misión y para atraer á los hombres al conocimiento y al amor de Nuestro Señor Jesucristo. Por eso, y en nombre de la misma Iglesia, Nós venimos á manifestaros que no queremos dejar de cooperar á la propagación de las luces entre vosotros. Sabemos, eso sí, que toda ciencia será vana si no se funda en el conocimiento de Dios, y si por los bienes visibles que de su mano liberal esta-

mos recibiendo no podemos comprender al Sér Supremo que los dispensa con tanta sabiduría y bondad, ni alcanzamos á reconocer al Criador por la consideración de sus obras que revelan caracteres tan evidentes de su divinidad (1). Por tanto, venimos hoy en desempeño de nuestro sagrado ministerio á recordar á los padres de familia, y á los ministros del Señor, el deber imperioso que tienen de procurar la instrucción que ilustra y engrandece las almas; les da conocimientos útiles para su estado, y principalmente les inculca principios, les inspira sentimientos y les da hábitos de vida verdaderamente cristiana. Cualquiera instrucción, por adelantada que sea, si no produce estos efectos, no merece el nombre de tal. Bien podrá lisonjear el orgullo que nos pierde, la ambición que nos extravía, la codicia que es raíz de todos los males; mas no nos encaminará al último fin de la vida humana, á la felicidad eterna.

No sin razón el grande Apóstol San Pablo, preso por amor de Jesucristo, doblando la rodilla ante el Eterno Padre, pedía primero que Jesucristo habite por la fe en los corazones, y que todos puedan comprender y conocer el amor de Jesucristo hacia nosotros, que sobrepuja todo conocimiento (2) y es superior á cuanto puede imaginarse. De tal modo, estando llenos de gracias y luces nada nos faltará, antes bien, seremos colmados de toda la plenitud de los dones del Señor. Y en efecto, la primera de todas las ciencias, como la única sabiduría verdadera, consiste en conocer á Dios, y los deberes que hay para con Él; en conocerse uno á sí mismo; en conocer los bienes inapreciables que de continuo recibimos, y los que nos están deparados para la eternidad. Aquel que ignora todas estas verdades, aunque posea todos los conocimientos humanos, es un ignorante; y muy bien le podemos decir con el Divino Maestro:—“¿De qué le aprovechará?” (3) ¿De qué le servirá á ese hombre haber conquistado el mundo, haberse atraído la admiración de todos con preciosos inventos, con creaciones del

(1) Sap., xiii, 1.

(2) Eph., iii, 14 et seq.

(3) Matth., xvi, 26.

genio, si no sabe lo más esencial de todo; lo que no puede ignorar sin perder su alma para siempre?

Hagamos ahora, ¡oh amadísimos hermanos! una reflexión muy sencilla. Nosotros somos cristianos, lo cual es timbre de gloria y de honor en esta vida, y fundamento de nuestras eternas esperanzas. Sólo desde que el Cristianismo impera, el mundo se ha hallado en posesión de las verdades fundamentales. Las luces de la ciencia, los esplendores de lo que llamamos civilización, han aparecido en todo su vigor solamente desde que el mundo es cristiano. Las naciones que son reconocidas como superiores á todas las demás del universo, deben tal prerrogativa á que son como el foco del cual dimana la luz del Cristianismo; y por tanto, podemos aseverar que la dicha y el honor les vienen de Jesucristo. A Él, que es Padre, Salvador y Maestro del género humano, hemos de acudir para que nos muestre el camino de la sabiduría, nos conduzca por las sendas de la justicia; y cuando hayamos entrado en ellas, corramos sin tropezar con obstáculos (1). Agreguemos que no consiste todo en adelantar, ni en seguir á pasos agigantados, si estos son grandes pasos fuera del camino, según dice San Agustín; mas es preciso como nos lo aconseja el Sabio, nos mantengamos adictos á la instrucción; nunca la abandonemos, la guardemos bien, porque ella es la vida. (2)

Ahora bien, carísimos hermanos, nuestro Divino Salvador, en quien *están escondidos todos los tesoros de la sabiduría y de la ciencia* (3), y posee, por consiguiente, todos los secretos del orden natural, efecto de su poder y sabiduría; ¿qué vino á enseñar á los hombres en los treinta y tres años que pasó sobre la tierra y conversó con ellos? ¿Fundó, acaso, escuelas de ciencia ó de letras humanas? El Verbo Divino, sin el cual, como afirma San Agustín, toda elocuencia humana es muda, ¿se ocupó, por ventura, en enseñar la elocuencia ó la filosofía? ¿Se presentó siquiera en las grandes escuelas de Roma, ó de Atenas, ó de Alejandría, con el fin de refutar los errores que se

(1) Prov., iv, 11 y 12.

(2) *Ibid.*, 13.

(3) Coloss., ii, 3.

enseñaban entonces acerca del sistema del mundo visible, del movimiento de los astros, de la historia del reino animal y vegetal y del organismo de los cuerpos? Todas esas cosas son buenas si son bien empleadas, pero el Señor entregó el mundo á las disputas de los hombres (1), y ninguno de ellos puede entender las obras que Dios crió desde el principio hasta el fin. A los hombres dejó Jesucristo el cuidado de investigar los mejores medios de regir las sociedades y de explicar los misterios naturales; y Él se contentó con dejar esparcidas en su Evangelio simientes fecundísimas, que, cultivadas más tarde por los Apóstoles y sus sucesores hasta el fin de los tiempos, han de dar origen á una ciencia más elevada y más profunda de la naturaleza; á leyes más suaves, á literatura más noble, á artes más sublimes. El Divino Salvador sólo se reservó para enseñar Él mismo aquello que había de hacer al hombre mejor; lo que debía despertar su inteligencia; lo que podía corregir las malas inclinaciones del corazón; aquello, en una palabra, que había de establecer el reinado de Dios sobre las almas. Y para marcar término á sus enseñanzas, Jesucristo nuestro Salvador compendió su doctrina diciendo:—“*Sed perfectos, así como vuestro Padre celestial es perfecto* (2). *Buscad primero el Reino de Dios y su justicia, y todas las cosas se os darán por añadidura.*” Esto significa que las ciencias y las artes, la industria y cuanto adorna y embellece la vida; lo que enaltece, purifica y perfecciona los goces legítimos; lo que aminora los pesares y fatigas; lo que hace sentir como más de cerca la paz y la dicha de la eterna vida; todo eso vendrá á ser cual complemento del reino de Dios, sólida y firmemente establecido, así en los individuos como en las sociedades humanas. Empero, os lo repetimos, el fundamento de tan hermoso edificio es el dominio de Dios sobre las almas. *Quærite primum regnum Dei.* (3)

Lo que acabamos de deciros os hace comprender el moti-

(1) Eccles., iii, 11.

(2) Matth., v, 48.

(3) Luc., xii, 31.

vo de las enseñanzas que Nuestro Señor Jesucristo estuvo dando toda la vida á sus discípulos. En los años de la infancia y de la juventud, Jesús enseñó la humildad, la obediencia, el amor del silencio y de la vida pobre y oculta, la asiduidad en el trabajo; esto es, las virtudes cuya práctica es más necesaria para casi todos los hombres. La Iglesia primitiva, observa un autor, conservó largo tiempo el recuerdo de los rústicos instrumentos de labor que fabricaron las manos del Divino Jesús; pero no se cuenta que Él se ocupara en perfeccionar esos primeros útiles de agricultura. Del mismo modo, en los tres años de vida pública nada hizo el Salvador de los hombres en el intento de satisfacer vanas curiosidades ó de embelesar á los que lo rodeaban. Cuando los escribas y fariseos le decían:—*“Maestro, queremos ver señal de ti”*; Él respondía diciendo:—*“La generación mala y adúlterina señal pide; mas no le será dada señal.”* (1) Y cuando Herodes, regocijándose con la presencia de Jesús, *porque de largo tiempo lo había deseado ver por haber oído decir de Él muchas cosas, esperaba que hiciera algún milagro y le hizo muchas preguntas*; el Divino Salvador nada respondió (2). De todo lo cual deducimos con razón que ni las obras ni las palabras del Hijo de Dios hecho hombre van examinadas á otra cosa que á elevar á los hombres hasta su Criador, perfeccionándolos más y más.

De cuanto llevamos indicado se deduce también por qué razón Nuestro Señor Jesucristo al llegar la hora de pasar de este mundo á su Padre; para continuar su obra y propagarla entre los hombres de todos los siglos, quiso dejar establecida y fundada una escuela. Esta había de predominar sobre todas las demás, no solamente por la autoridad con que se impone —la del mismo Jesucristo— puesto que á Él oye quien escucha á sus discípulos y ministros; sino también por su duración, que ha de prolongarse hasta la consumación de los siglos. Pero esa escuela ha de ser notable entre todas, principalmente por la dignidad y grandeza de las doctrinas que enseña, y se refie-

(1) Matth., xii, 38, 39.

(2) Luc., xxiii, 8, 9.

ren al conocimiento de Dios y del hombre creado y redimido por el mismo Dios; y á los medios naturales y sobrenaturales para alcanzar con la posesión de aquel mismo Señor la eterna bienaventuranza. Todo esto es, en resumen, lo que nos enseña la teología, la más sublime entre las ciencias, objeto de profundas meditaciones de los ingenios más privilegiados de casi veinte siglos. Pero por ser necesaria á todos los hombres esa ciencia divina se pone también al alcance de las inteligencias más humildes, y se compendia en un libro pequeño que tanto estiman los sabios, que los ignorantes y los espíritus superficiales miran con desprecio, y se llama el Catecismo de la Doctrina Cristiana.

Es el Catecismo un compendio que en cortas páginas expone en orden lógico y natural las relaciones que unen al hombre con Dios y con los prójimos, y los diferentes deberes que de aquéllas se desprenden. Todos los libros de la religión, de legislación y de moral no son más que el desarrollo y el comentario de aquel libro; es como el Código universal de todos los tiempos y de todos los pueblos, y el análisis completo de los actos humanos comparados con las reglas que los rigen.

Si el Catecismo, tanto en su forma como en su lenguaje, es el más sencillo de todos los libros, es asimismo en el fondo, y por la importancia de las materias que contiene, el más hermoso y el más necesario; el libro de los sabios por su profundidad; el de los ignorantes por su claridad; es verdadero libro del pueblo por la sencillez de su método, la precisión de las palabras, y la forma llana y popular en cierto modo que da á cuantas verdades enseña.

Apenas habéis vosotros abierto el Catecismo, y ya sabéis que hay un Dios infinitamente bueno, sabio, poderoso, justo, principio y fin de todas las cosas. ¡Cuántas enseñanzas en tan pocas palabras! Ya sabe el hombre de dónde viene y para dónde va. Ni la degradación de su naturaleza es obstáculo para la grandeza de su eterno destino. Lo que los hombres ignoraron mientras sólo tuvieron las luces de su propia razón; lo que no ha podido ser explicado por la sabiduría humana, el Catecismo lo explica con una facilidad que persuade y que conven-

ce. Preguntad por qué creados por un Dios infinitamente bueno, cuando debiéramos ser ricos y estar llenos de bienes, y de nada tener falta, habemos no obstante de reconocer que somos desdichados y miserables y pobres y ciegos y desnudos (1). El Catecismo os responderá que nuestros primeros padres fueron creados en estado de santidad y de justicia, pero lo perdieron por su desobediencia. Esa desobediencia causó la desgracia de Adán y la de todos sus descendientes, quienes soportan las consecuencias del pecado original, "aquel con que todos nacemos heredado de nuestros primeros padres." Por eso los hombres padecen ignorancia, concupiscencia, esto es, inclinación al mal, miserias de la vida y por fin la muerte. Después de haber descubierto el misterio de las flaquezas humanas y del pecado, aquel libro admirable no nos deja sin esperanza; nos da á conocer el principio y la causa del mal, para ofrecernos desde luego el remedio y la reparación. Nos refiere en pocos rasgos la historia de Jesucristo. "Hijo eterno de Dios vivo que se hizo hombre por redimirnos y darnos ejemplo de vida." Finalmente nos lleva al Calvario para decirnos que nuestro Divino Salvador quiso morir muerte de cruz, por librarnos del pecado y de la muerte eterna, en la cual incurrimos, pecando nuestro primer padre Adán, en quien todos pecamos. Ese Dios Redentor no vino al mundo tan sólo para ilustrar un instante á los míseros mortales y abandonarlos en seguida á tenebrosas pasiones y á disputas sin término, y para eso fundó su Iglesia, congregación de los fieles cristianos, cuya cabeza es el Papa infalible. Jesucristo, que vive eternamente en el Cielo, posee un sacerdocio eterno, y por eso puede salvar perpetuamente á los que por él se acercan á Dios viviendo siempre para interceder por nosotros (2); y por eso mismo quiere que acudamos á Él con nuestras oraciones, é interponiendo las súplicas de la Santísima Virgen María nuestra Madre, y de los Santos. Todo eso nos lo enseña también el Catecismo en cortas y sencillas instrucciones sobre la comunión de los Santos, la forma y efi-

(1) Apoc., III, 17

(2) Heb., VII, 24, 25.

cia de nuestras oraciones hechas en Cristo, con Cristo y por Cristo nuestro Mediador.

No ignoráis ciertamente vosotros que cuando hombres notables por la elevación de sus facultades han querido determinar el número y naturaleza de nuestros deberes, entre vacilaciones y disputas, han acabado por poner en duda todas las obligaciones humanas. Ellos han hecho flaquear hasta los fundamentos del orden y de la moral. ¿En qué hacen consistir el servicio de Dios, la obediencia á las autoridades constituídas, el respeto de los hijos á sus padres, de los inferiores á los superiores? No se ven sino dudas y errores; se emplean términos mal definidos, como si la verdad desnuda y clara pudiera lastimar ó dejar únicamente en el alma imágenes confusas é imposibles de reproducir con precisión.

No así el Catecismo católico, amadísimos hermanos. Sea cual fuere vuestra condición, él os pone en las manos una balanza en la cual pueden pesarse no sólo las acciones que se ven, sino también los sentimientos, los deseos interiores y los pensamientos que nacen en lo íntimo del alma y en presencia de Dios. Ese Catecismo os enseña que habéis de adorar á Dios tributándole el culto y homenajes que le son debidos como á Señor Soberano, y amarlo de todo corazón como á Supremo Bien.

Con no menos claridad están enunciados los deberes para con el prójimo, ora se le considere como individuo, ora se le mire en la familia y en la sociedad. El hijo está obligado á obedecer, socorrer, reverenciar á sus padres. Estos, en cambio, deben alimentar á los hijos, enseñarles, corregirles y darles estado conveniente á su tiempo. Los inferiores tienen asimismo que respetar á los superiores, servirles con fidelidad y obedecerles en todo lo que no es contrario á la ley de Dios, y estos superiores deben por su parte tratar á aquéllos con dulzura y caridad, velar sobre su conducta y pagarles fielmente su salario. Ved cómo de lo que enseña el Catecismo se desprende la constitución de la familia con su jerarquía natural y las obligaciones peculiares de sus miembros.

Mas, el hombre débil, y naturalmente inclinado al mal, se

sobrecoge cuando considera que son tantos los mandamientos; convencido de su flaqueza, alza los ojos para ver de dónde podrá venirle socorro; tropieza con páginas elocuentes que le predicán la paciencia en las adversidades, la constancia en los combates de la vida, el ánimo esforzado para vencer las pasiones; pero éstas son meras palabras. El Catecismo sí le dará á conocer la fuente de donde dimana la verdadera fortaleza; la gracia, auxilio sobrenatural que Dios nos da, por los méritos de Nuestro Señor Jesucristo, para evitar el mal y obrar el bien, y sin el cual es imposible guardar los mandamientos y agradecer á Dios. Finalmente, nos enseña que los Santos Sacramentos son símbolos y medios misteriosos instituídos por Nuestro Divino Redentor, para darnos por ellos la gracia y las virtudes. Con ellos, en efecto, Jesucristo nos arranca de la vida del pecado y nos devuelve la vida espiritual; nos hace crecer, nos confirma y fortalece; nos da el alimento que preserva de la muerte; perdona nuestras culpas; al fin de la vida nos sostiene y alimenta; contribuye á la fecundidad de la Iglesia, perpetuando el linaje sacerdotal; bendice, finalmente, y santifica la unión legítima del varón y la mujer, consagrando de tal suerte y santificando la familia para que dé hijos á la Iglesia, miembros útiles á la sociedad y santos al cielo.

Veis yá, carísimos hermanos, que por la doctrina que enseña, el Catecismo es verdadero libro del pueblo, puesto que enseña cómo se rigen y gobiernan las creencias y las costumbres de todos; de los sabios y de los ignorantes, de los ricos y de los pobres, de los grandes y de los pequeños; y bien sabemos que todos tenemos necesidad de conocer y de practicar las virtudes. Por su sabia brevedad, el Catecismo descubre al hombre instruído muchas cosas que antes no sabía. No aterra con sus proporciones al que esté más ocupado en los negocios temporales; el artesano puede estudiarlo sin que sufran menoscabo sus labores; y lo mismo el padre de familia, que con su sudor gana el cotidiano sustento de sus hijos. No se hallarán en el Catecismo ni palabras pretensiosas ni frases redundantes que encubren el vacío de las ideas. Con precisión admirable se dice lo que es menester y nada más, porque sabi-

do es que la memoria reclama fórmulas claras y precisas que le faciliten el retener lo que le importa. La luz de la verdad brilla así á los ojos de todos, y sin que con tal fin se requieran esfuerzos que en manera alguna serían hacederos para la generalidad de las almas. Por lo mismo, quien conoce bien ese libro diminuto y lo ama de todo corazón por las santas enseñanzas que contiene, no podrá, con justicia, ser calificado de ignorante. Él posee una ciencia superior á la de los sabios y de los filósofos que razonan sobre el sistema del mundo: éstos no conocen el autor de todo, no saben las reglas de vivir santamente y conseguir el fin postrero. La ignorancia de estos últimos será confundida ante el divino acatamiento; mientras que aquel piadoso niño, que va á hacer su primera comunión, aquella pobre mujer, aquel humilde campesino, que con santo celo se empeñan en transmitir en el seno de su familia el conocimiento de Dios y de su santa ley, verán cumplida la promesa hecha por boca del Profeta Daniel: — “*Los que hubieren sido instruídos en la ley de Dios y la hubieren observado fielmente, brillarán como la luz del firmamento; y los que hubieren enseñado á muchos el camino de la justicia, lucirán como estrellas por toda la eternidad.*” (1) Quien tales y tan altas cosas nos ofrece, es el mismo que nos dice por el Profeta Isaías: — “*Yo soy el Señor tu Dios que te enseña lo que te es útil y te gobierna en el camino que sigues, para salvarle.*” (2)

Dejad, por fin, que os recordemos el verdadero sentido de lo que os hemos venido exponiendo, hermanos muy amados. No vayáis á creer que sea nuestro intento condenar la sana filosofía, las ciencias humanas, la literatura ó las artes. El Señor es Dios de las ciencias, según leemos en el sagrado Libro de los Reyes (3). La Iglesia santa bendijo siempre y favoreció los progresos del entendimiento humano. Pero el orden, forzoso es respetarlo; lo útil no ha de preferirse á lo necesario, ni lo curioso ó agradable puede suplantar lo que es conveniente ó

(1) Dan., XII, 3.

(2) Isai., XLVIII, 17.

(3) I. Reg., II, 3.

provechoso. Ni es dable tampoco que lo que pueda servir así para el bien como para el mal se ponga en manos del ignorante, sin que primero se le enseñe á hacer buen uso de todo, y á no emplear en daño propio ó en perjuicio ajeno armas que se le dan para defenderse y defender la sociedad.

Llegamos ya, carísimos hermanos, á deducir las consecuencias que se desprenden de todo lo que hemos venido exponiéndoo. ¿Qué habremos de decir de aquellos padres y madres de familia, enemigos de sí mismos y de sus hijos, que fijándose meramente en que éstos adelanten en los conocimientos humanos, no dan importancia alguna á la enseñanza de la doctrina cristiana, esto es, á la regla de su vida, y de sus deberes con Dios, consigo mismos, y con los prójimos? ¿Qué decir de aquéllos que sin escrúpulo alguno confían sus hijos á maestros que, por obedecer á ciertas exigencias y por propia conveniencia, aparentan enseñar teóricamente la Religión; más destruyen con sus palabras, con el espíritu que los anima, y con la vida que llevan las enseñanzas que dan? ¿Qué pensar de aquellos padres de familia que, atraídos por promesas de ventajas temporales, y con la esperanza de ser socorridos en la pobreza, venden por un mendrugo de pan el alma de sus hijos entregándolos á misioneros del error y de la herejía protestante? ¿Qué pensar, finalmente, de estos padres que ni dan ni procuran que se dé instrucción cristiana á sus hijos, y los dejan vagar por calles y plazas, permitiendo acaso que se corrompan mutuamente, y fomenten las pasiones, para ser más tarde azote de las familias y de la sociedad, agentes aptos para todas las revoluciones y para todos los crímenes? A Dios gracias todavía no son tan comunes estos extravíos entre nosotros, ni es tan frecuente esa tiranía impía de padres desnaturalizados, quienes privan á sus hijos del pan de la ciencia que les es más necesaria; pero sí se encuentran en no pocas ocasiones, y no podemos menos que lamentarlo con toda la amargura de nuestro corazón.

Pero es más grato oponer á esos deplorables ejemplos de ignorancia fanática, de rebeldía á toda enseñanza cristiana, el celo de tantas almas por la instrucción de todos, y de los

pobres especialmente, en la doctrina católica; el cuidado de tantos padres y madres de familia, verdaderamente dignos de este nombre, que se empeñan en dar por sí mismos á sus hijos el alimento nutritivo de la sana doctrina, y no los confían á los maestros y á los ministros del Señor, sino cuando ya de antemano los han preparado y los han instruído en los primeros años. Sin salir de nuestra ciudad y Arquidiócesis fácil nos sería citar ejemplos de esos padres y madres de familia que conservan las tradiciones de nuestros mayores, y no descuidan el deber de conciencia de instruir de antemano á sus hijos y domésticos en los rudimentos de la doctrina cristiana. Ni es insólito el ejemplo de padres cristianos, que asistiendo á las enseñanzas que su digna y piadosa compañera da á su familia en el hogar, tienen que confesar que, á pesar de su ciencia y su vasta instrucción y experiencia, todavía les revelan grandes cosas las respuestas claras y sencillas del Catecismo que estudiaron cuando niños, y que vuelven á aprender, por decirlo así, de los labios de su esposa y de sus hijos.

No podemos menos ahora de dirigirnos á vosotros, padres y madres de familia descuidados y negligentes, excitándoos á que imitéis tales ejemplos, y procuréis de hoy en adelante con vuestro celo por la instrucción religiosa, contrabalancear la común ignorancia y las teorías y el empeño de no pocos que desdeñan esa instrucción, so pretexto de fomentar la verdadera ciencia y dar libre campo á los progresos de la razón humana.

Esa ignorancia á que aludimos, no se nota tan sólo en las clases pobres y desprovistas por lo mismo de medios de aprender; también se deja ver diariamente entre los hombres que pasan por instruídos, y han llegado con los esfuerzos de su inteligencia, por medio de estudios serios, á adquirir conocimientos mucho más que comunes en cuanto dice relación á su profesión y con su estado en el mundo. Ese defecto de instrucción religiosa se nota á menudo en libros y en periódicos. No pocos escritores tratan de continuo de progreso, de libertad, de tolerancia, y hablan de la religión sin conocerla lo bastante. Para atacarla se forjan una doctrina que no es la de

la Iglesia, y se creen dueños de fácil victoria cuando juzgan socavar con sus falaces argumentos y sus acusaciones infundadas las enseñanzas católicas. En más de una ocasión para contestar en defensa de la Iglesia y sus doctrinas ataques que se reputan formidables, no se requiere más que restablecer la verdad y mostrar lo que enseña la Iglesia, con las respuestas cortas y perentorias que los niños aprenden en el Catecismo católico. Aquí está la verdadera ciencia que no poseen los que atacan la religión de muchos modos. Son éstos de quienes hablaba el Apóstol San Judas, cuando decía: *Se han entrado ciertos hombres impíos, los cuales cambian la gracia de nuestro Dios y niegan que Jesucristo es sólo nuestro Soberano y Señor. Y éstos blasfeman de todas las cosas que no saben y se perverten en aquellas cosas que saben naturalmente.* (1)

Combatid á tales hombres, carísimos hermanos, con la razón y con las armas de la fe; pero principalmente inculcad á vuestros hijos las enseñanzas cristianas poniéndoles en la mano desde temprana edad el Catecismo de la Doctrina Cristiana.

Os dirigimos ahora la palabra á vosotros, ministros y sacerdotes de Cristo, *por quien hemos recibido la gracia y el Apostolado para someter á la fe por su nombre á todas las naciones.* (2) Esa misión que habéis recibido os impone el deber de dedicar cuidado muy especial á la instrucción cristiana. Por eso importa sobremanera que vuestro celo y vigilancia se fijen en los establecimientos de educación, para aseguraros de que las almas de los niños que os están confiados no padecen detrimento, ni porque deja de dárselles la debida enseñanza religiosa, ni porque se da incompleta, ni porque se les da contraria á las doctrinas de la Iglesia católica. No dejéis de recordar á los padres de familia en general y en particular, que están estrictamente obligados á instruirse y á instruir desde temprano en la religión, á sus hijos; á no confiarlos por ningún motivo á maestros que no ofrezcan completas garantías de

(1) Jud., 4 y 10.

(2) Rom., 7, 5.

que darán cristiana instrucción y educación á sus discípulos, no sólo de palabra sino además con la acción y con el ejemplo.

Os encarecemos de un modo especial, venerables cooperadores nuestros, que no dejéis de concurrir á las Escuelas públicas para dar allí la enseñanza-religiosa á los niños; y á este respecto os recordamos las disposiciones dictadas por todos nuestros venerables predecesores. Pero es preciso que no os contentéis con eso: habéis de ocuparos en enseñar también la doctrina en la Iglesia, congregando allí con frecuencia á todos los fieles; pero particularmente á los niños para enseñarles con cuidado é interés el Catecismo. Buscad la cooperación de personas piadosas y caritativas que os ayuden en esta santa tarea de enseñar: tratad de interesar á los niños por la manera como les dais la enseñanza, por las recompensas que dais á los más adelantados y atentos; y emplead todos los medios de estímulo y de instrucción que la experiencia prueba son más adecuados, y que hallaréis ampliamente expuestos y desarrollados en muchas obras que tratan de la manera de enseñar el Catecismo. No creáis que habéis hecho cuanto debéis en este punto, si os contentáis con la simple recitación de parte del Catecismo en los días festivos. Muchísimo más tenéis que hacer y muy dignos de censura seréis, si ya sea en las ciudades, ya sea en los campos, no empleáis en enseñar la Doctrina Cristiana un tiempo que todo pertenece á Dios y á las almas; y lo empleáis en atender á negocios temporales, á visitas ó á ocupaciones poco conciliables con vuestra dignidad de párrocos y de ministros del Señor.

Además de la enseñanza cristiana, por medio del ejemplo que habéis de dar siempre con vuestra vida evangélica; y de las lecciones didácticas que en las Escuelas y Colegios, y particularmente en la iglesia, habéis de proporcionar á los fieles para que aprendan bien y comprendan el Catecismo, vosotros, venerables párrocos y demás cooperadores nuestros, tenéis la cátedra sagrada, desde la cual habéis de predicar siempre la palabra divina. Os rogamos que no descuidéis ese importantísimo deber. Un documento reciente de la Santa Sede Apostó-

lica (1), muy grave por la materia de que trata, por las leyes que promulga, nos ha sugerido el pensamiento de llamar vuestra atención en esta vez hacia el deber de la predicación. A tres puntos se reduce principalmente lo que, siguiendo ese mismo documento, queremos recordaros. Es menester que el predicador reúna las cualidades personales que convienen, á saber: "la verdadera piedad cristiana, un grande amor por Nuestro Señor Jesucristo, sin lo cual el sacerdote nunca tendrá ese verdadero interés por la gloria de Dios y la salvación de las almas que ha de ser el único motivo y fin de la predicación evangélica." El predicador por lo mismo ha de alimentarse con sólidos estudios, principalmente de ciencias sagradas. Sólo cuando el sacerdote haya adquirido la piedad y la doctrina, sólo entonces podrá confiársele el grande ministerio de predicar la palabra divina, pero cuidando con todo de que él se circunscriba fielmente á las materias que son en realidad propias de la cátedra sagrada. Lo que ha de predicar el sacerdote es el Evangelio: *Predicad el Evangelio* (2); porque los predicadores, según Santo Tomás de Aquino, deben iluminar en la fe, dirigir en el obrar y manifestar lo que se ha de evitar. Finalmente, como dice Pío IX, de santa memoria: "Los predicadores han de enseñar no sus doctrinas, sino las de Cristo crucificado y han de enseñar claramente los santísimos dogmas de nuestra religión, de acuerdo con la doctrina católica y las de los Padres." Y finalmente: "El Símbolo y el Decálogo, los Mandamientos de la Iglesia y los Sacramentos, las virtudes y los vicios, los deberes peculiares de todas las clases de la sociedad, las postrimerías del hombre, deben ser materia ordinaria de la predicación." Las disertaciones pomposas que tratan de argumentos más especulativos que prácticos, profanos más que religiosos, de más ostentación que provecho, que son más propios de la arena periodística y de las Academias, no convienen ciertamente en el lugar santo.

(1) Encíclica de la Sagrada Congregación de Obispos y Regulares, de 3<sup>o</sup> de Julio de 1894, sobre la predicación.

(2) Marc., xvi, 15.

Las materias propias del púlpito deben, además, tratarse de un modo adecuado. Por eso ha de evitarse la oscuridad, la abstracción habitual, que suelen hacer inútiles las palabras, dándoles apariencia de profundas, como si la claridad al alcance de todos, el arte de hacer comprensible la verdad, no fueran señal de talento original y hasta de genio nada común. Santo Tomás de Aquino enseña que, para ser verdadera luz del mundo, debe tener tres condiciones el predicador de la palabra divina: primera, la firmeza, para no desviar de la verdad; segunda, la caridad, para enseñar sin confusión; y tercera, la utilidad, de manera que busque la alabanza de Dios y no la propia. Meditad, carísimos sacerdotes, estas enseñanzas para que seáis "próvidos cooperadores de nuestra orden," (1) y *nos tenga el hombre como ministros de Cristo, y dispensadores de los misterios de Dios.*

Finalmente, si á vosotros, Párrocos y sacerdotes, os incumbe el deber de enseñar según os lo hemos venido indicando, y de predicar la doctrina de Jesucristo; es obligación vuestra no menos imperiosa la de apartar cuanto puede pervertir ó menoscabar la fe de los fieles. Por desgracia son muchos los medios de perversión que se ofrecen en la edad presente, fuera de las malas pasiones que nacen y cobran en las almas terrible poderío con el andar de los años. Queremos de paso indicaros el mal que causan las malas lecturas que se propinan con tanta abundancia. Libros contra la religión y las buenas costumbres circulan por todas partes, pervirtiendo la inteligencia y el corazón, fomentando la corrupción y engendrando la duda. De las prensas nacionales y extranjeras salen periódicos que atacan la Religión y circulan con profusión. Instruid á los fieles sobre el mal que tales escritos están causando; y hacedles comprender que todos esos libros y periódicos son de verdadera lectura para los católicos, quienes incurrirán además, leyendo ó conservando ó propagando esos escritos, en gravísimo pecado y en las penas impuestas por la Iglesia. Queremos indicaros, entre otros, una hoja que se imprime en la ciudad de Medellín con el título de *El Evangelista Colombiano*, en la cual,

(1) Pontif. Rom.

(2) 2<sup>a</sup> Corint., iv, 1.

so capa de aparente piedad, y adulterando la palabra divina, contra el sentir de la tradición y de los Padres de la Iglesia y las definiciones de los Concilios, se trata de preconizar las doctrinas protestantes y en particular las de la secta presbiteriana. Declaramos, y así lo habéis de enseñar á los fieles, que tal periódico y todos los demás de su clase, están expresa y generalmente prohibidos.

Dada por Nós, sellada con nuestro sello y refrendada por nuestro Secretario en Bogotá, á doce de Enero de mil ochocientos noventa y cinco.

✠ BERNARDO  
Arzobispo de Bogotá.

SALUSTIANO GÓMEZ RIAÑO  
Canónigo-Secretario.

## SOBRE EL ESPÍRITU DEL MUNDO

SERMÓN DE NUESTRA SEÑORA DE LAS MERCEDES, PREDICADO EN  
LA CATEDRAL DE BOGOTÁ, POR EL

DOCTOR RAFAEL MARIA CARRASQUILLA

*Nolite diligere mundum.*  
No queráis amar el mundo.

I. JOA. D. 15.

Ilustrísimo Señor, hermanos míos:

¿Por qué entre las distintas advocaciones de la Santísima Virgen, la de las Mercedes es tan grata al corazón de los cristianos? ¿No habéis presenciado en estos días la sincera devoción con que miles de personas han venido á recibir los sacramentos en honor de María, y cómo en este momento en casi todas las iglesias de la ciudad se están celebrando fiestas en su obsequio? El nombre solo de Nuestra Señora de las Mercedes despierta la piedad entre los fieles: ese nombre es dulzura suavísima para los labios, melodía para el oído, regocijo para el corazón, reposo para el alma. En cuanto á mí, sé perfectamente la causa de mi afecto á la Virgen Santísima de las Mercedes: cuando al boreó en mi mente la razón, y con ella el amor á mi madre del cielo, aprendí á invocarla con aquel título; vestida con el blanco traje de redentora de cautivos, la conocí en imagen á la

cabecera de mi cuna de niño, y en el día de su fiesta hice bajar por primera vez á Dios á mis manos ofreciendo el santo sacrificio de la Misa.

Pero y vosotros ¿por qué la amáis tanto?

Ah! si cada uno de los que me escuchan fuera á referirnos por menor los favores que ha recibido de Nuestra Señora, primero nos cansaríamos de oír que vosotros de narrar; y por otra parte muchas de esas mercedes son de las que se profanan con hablar de ellas, y por eso se guardan en lo más recatado del corazón. Mas no sólo queremos tanto á la Virgen Santísima de las Mercedes por los beneficios que nos ha otorgado sin medida, sino porque el carácter de Redentora de cautivos con que se nos presenta María en aquella hermosa advocación, conviene mucho al estado en que los más de los cristianos se encuentran. ¿Quién no tiene en el destierro cadenas que le opriman? Éste ha perdido la libertad del cuerpo que le han arrebatado la enfermedad ó la servidumbre; aquél vive esclavo del vicio y del pecado; al de más allá oprimen los lazos de la ignorancia y del error. Los santos, á ejemplo del Apóstol de las Gentes, se avienen mal con lo estrecho de su cárcel, y claman: ¿Quién me librará de este cuerpo de muerte? y dicen como el Salmista: ¡Oh, quién me diera alas como á la paloma, para echar á volar y hallar reposo!

De uno de esos cautiverios, del más ignominioso de todos querría yo que empezarais á libertaros vosotros, en el nombre y con el auxilio de María. Esclavitud tanto más digna de lástima es la vuestra, cuanto que no la advertís, y si vuestras almas devoran amarguras sin cuento, no sabéis que esos son los padeceres de la servidumbre, ni echáis de ver que las heridas que os hacen gemir han sido producidas por las cadenas y los grillos.

Ya algunos de vosotros habréis comprendido que pienso hablaros de las ligaduras con que el mundo ata á los amadores de sus pompas, de aquel yugo, no suave como el de Jesús; de aquella carga, no ligera como la del Divino Maestro, y que vosotros, con todos vuestros alardes de libertad, lleváis á cuestas. Os he de dar á conocer primeramente el amo á quien servís;

os diré en seguida, cómo podéis, protegidos por María de la Merced, romper las redes, y dejar el fango, y abrir las alas para respirar en las alturas el aire purísimo de que allá se disfruta.

La misma Reina del cielo, libertadora de cautivos y rompedora de prisiones, en cuya honra nos hemos congregado, nos alcance gracia para no dejar sin fruto la divina palabra. *Ave Maria.*

El Mundo! Qué diversos pensamientos despierta esta palabra entre las distintas personas que la oyen! Para unos el mundo, *el gran mundo*, el mundo elegante como dicen ahora, es la suma y compendio de todas las perfecciones, de todas las felicidades, de todas las grandezas: el lujo deslumbrador, los placeres elevados, las conversaciones discretas, ápice de la distinción y del buen tono. Al escuchar aquel nombre no pueden menos de sentirse pisando alfombras riquísimas; viendo la luz multiplicarse en cien lámparas durante la noche, y apagarse en el día al través de las espesas cortinas; sienten las notas del piano, oyen el crujir de la seda. . . . Para otros el nombre de mundo les trae á la mente las severas enseñanzas de la doctrina cristiana que aprendieron de niños; recuerdan que se le cuenta entre los enemigos del alma, lo que dicen contra él los santos, lo que hicieron para librarse de sus lazos.

Sin pronunciarme todavía por uno ú otro de aquellos encontrados pareceres, os anticipo una sola cosa; que es imposible agradar á un mismo tiempo á Jesucristo y al mundo: Quien lo dice es el Divino Maestro mismo: *Nemo potest duobus dominis servire*: que nadie puede servir á dos señores; y añade para reforzar la doctrina: porque ó tendrá aversión al uno y amor al otro; ó si se sujeta al primero mirará con desdén al segundo. Si pudiéramos complacerlos á entrambos. . . ¡Oh! ni aun así querría yo servirle al mundo; pero no sería tan estricta la necesidad de dejarlo. Mas es preciso elegirnos amo y señor, y no hay término medio entre los extremos de que se compone la alternativa propuesta por el Evangelio. Antes de tomar partido, bueno es conocerlos á entrambos; y como de Jesucris-

to tenéis por dicha una noción más ó menos exacta, procuraremos saber lo que es el mundo.

Parece que se habla de él con honor en algunos pasajes de la Escritura: *Tánto amó Dios al mundo*, dijo el Salvador á Nicodemo, *que le dio á su Hijo Unigénito. El pan que yo os daré es mi carne*, decía Jesús á sus discípulos, hablando de la sagrada Eucaristía, *y lo daré por la vida del mundo*. Pero en estos dos pasajes se le toma por el conjunto del humano linaje, y no es ese el sentido en que nosotros vamos á considerarle.

¿Qué es el mundo? Ya sabéis cómo Adán perdió por el pecado la gloriosa libertad primera, quedó sujeto á las concupiscencias de la carne y transmitió á sus descendientes su infortunio; y no ignoráis que Jesucristo vino á la tierra á redimir la suerte de los hombres; y á comunicar su propia santidad á los que en él creyesen con viva fe. De entonces acá unos observan las enseñanzas del Redentor, son movidos por el Espíritu Santo, y se apellidan hijos de Dios; otros se apoyan en la prudencia de la carne, siguen sus propias desarregladas inclinaciones, y forman lo que se llama el mundo; sociedad calcada sobre máximas en todo opuestas á los preceptos del Evangelio. *Bienaventurados los pobres de espíritu*, clama el Redentor; y el mundo finca su felicidad en la riqueza, y desdeña y aun aborrece á los desheredados de la tierra. *El que se humilla será ensalzado*, dice el Evangelio; y el mundo tiene empeño en glorificar la vanidad y la soberbia. *El que quiera venir en pos de mí, renúnciese á sí mismo, tome su cruz y sígame*, predica el Divino Maestro; y los mundanos no piensan en otra cosa que en aumentar los goces de la vida, y en dar cada día regalos nuevos al sentido, y en quitarle á la tierra sus espinas. Felizmente para ellos, no lo consiguen, y no hay brojos más punzantes que los que crecen entre las rosas; ni llagas más hondas y dolorosas que las que se ocultan bajo la seda y el oro.

El mundo y Cristo parecen condenar unos mismos vicios, pero de manera diferente: el mundo imprueba el robo, pero el del ratero, el del estafador vulgar; el asesinato del que da una puñalada por la espalda, pero no el del que mata á otro en el campo del honor; la sensualidad, pero no la que tiene por

teatro los salones elegantes; la embriaguez con licores baratos, pero no la que oculta su asquerosa vulgaridad bajo el prisma que se refleja á través de la espuma del champaña.

Observad de qué se compone eso que apellidáis con énfasis *el gran mundo*. De amadores de sí mismos; de gentes que han puesto su último fin en cualquiera de las miserias temporales; ó en la escoria del dinero, ó en el humo de la gloria, ó en el fango de los goces terrenos. Bajo aquella cultura y gentileza, suelen ocultarse pasiones sin freno; y ya sabéis por dolorosa experiencia que la cortesía más exquisita es á las veces la máscara del odio y de la envidia. Todo aquello hay en el mundo; pero lo que no debéis buscar allí es á Jesucristo, porque nunca lo hallaréis.

El dijo á sus Apóstoles: *Yo no soy del mundo; y la vispera de su pasión, en el día de sus misericordias, cuando se disponía á rogar por sus verdugos, excluyó, oído bien, excluyó de su oración en términos expresos á ese mundo que tanto os halaga y os fascina. No ruego yo por el mundo, dijo el Salvador, dirigiéndose á su Eterno Padre. Non pro hoc mundo rogo.*

Y qué jefe al que están sujetos los mundanos, Dios santo! ¿Os diré su nombre? No, porque me tacharíais de exagerado. Pero si os lo voy á revelar, ya que puedo apoyarme no en mi propio dicho, ni en opiniones de hombres, sino en las palabras del Verbo Divino en persona. El apellidó al demonio *Príncipe de este Mundo*, y el Apóstol San Pablo, inspirado por el espíritu de Dios, llama á los ángeles caídos rectores de este mundo de tinieblas. Así por justo juicio del Señor, los enemigos de toda autoridad, los rebeldes á las leyes del Altísimo viven en vergonzosa servidumbre, vasallos del más odioso y despreciable de los amos; y atados con las prisiones de sus propios desarreglados apetitos.

Y si el mundo es aborrecible por su jefe, es aún más odioso por sus obras. Vino el Redentor á la tierra, pasó haciendo el bien por en medio de los hombres, enseñando su celestial doctrina, apoyándola con la multitud de sus milagros, y edificando á cuantos le rodeaban con la infinita santidad de sus ejemplos. Y *el mundo, dice San Juan, el mundo no le conoció.*

Después de desconocerle, lo llevó al tribunal de Pilato, y al verlo desgarrado por los azotes, coronado de espinas, desnudo, afrentado y bañado en sangre, clamó desde la plaza del pretorio: *Quítalo! Crucifícalo! Crucifícalo!* Después de ensañarse así con el Maestro, siguió el mundo á destruir á sus discípulos; y dieciocho millones de mártires no han bastado á su odio, y hoy sigue en su dañina guerra á las máximas y prácticas cristianas. Y no me respondáis que la moderna sociedad no tiene por qué llevar sobre sí la odiosidad de las persecuciones gentiles; porque aparte de que el género humano ha sido siempre de una suerte, no se hallarán hoy ni en Londres ni en París ni más refinamiento de costumbres, ni lujo de mejor gusto, ni mayor cultivo intelectual que los que hicieron de la corte de los Césares romanos el colmo de la elegancia y del fausto. Y el mundo no quiere más al cristianismo que entonces; porque si ahora se admiten las prácticas católicas, se rechaza el espíritu que las vivifica, y esas mismas observancias han llegado á ser artículos del código de la sociedad elegante. La moda arregla el ceremonial doméstico del matrimonio ó de la primera comunión, como dispone el del baile ó el sarao; quiere el mundo la pompa del culto externo que le brinda ocasión de producirse y de brillar; pero no le habléis de renuncia propia, de mortificación y de humildad, porque os replicará que cada cosa tiene su lugar, y que es necedad pedir á las gentes de distinción virtudes que ya no se usan y que sólo están buenas para el claustro.

Oh! pensará alguno de vosotros, eso es exagerar la doctrina; frecuento yo el gran mundo, vivo en medio de la sociedad elegante y nada me impide ser cristiano.

Yá habréis podido observar que soy enemigo de extremar las cosas. No condeno la riqueza que es dón concedido por Dios mismo; admiro al par que el más entusiasta de vosotros las cualidades del espíritu, y sus nobles manifestaciones por medio de las letras y las artes; pero gusto de verlo todo animado por el espíritu cristiano. ¿En esa sociedad en que vivís se estima la pobreza y apenas se aceptan los bienes de fortuna como medios, aunque muy peligrosos de ganarse el cielo?

¿Las doctrinas del Salvador son el criterio para juzgarlo todo? En las conversaciones, ¿siempre hay ideas elevadas para el espíritu, nobles inspiraciones para el corazón; jamás se lastima la caridad ni se ofende el recato? y en suma, ¿siempre os apartáis de aquella compañía mejores de lo que erais antes? Si podéis darme respuesta afirmativa, bendecid al Señor porque vivís, aunque en medio de los hombres, lejos, inmensamente lejos del mundo. Pero si vuestra contestación á aquellas mis preguntas es negativa, tenéis sobrado motivo de temer por vuestra alma, y es fuerza que meditéis muy despacio lo que os conviene hacer.

Ese mundo tan vil y tan perverso, ¡lo aprisa que se va de entre las manos! Abrís los ojos, le veis, corréis á él con anhelo, apenas gustáis un instante sus deleites mezclados de amarguras, y ya pasó todo. *Se desvanece*, dice San Pablo, *la apariencia de este mundo*; como la nave, dice Job, que surca las olas y no deja sino una estela fugitiva; como las flores hermosas de la mañana, mustias yá por la tarde, como la sombra que se desaparece sin dejar huella de su paso.

Tan breve así, ¿qué nos ofrece mientras dura? Ilusiones é ingratitudes. Si entre vosotros hay algún servidor apasionado del mundo, que nos refiera lo que se hicieron sus esperanzas; que nos cuente el pago que ha recibido por sus mayores sacrificios, revélenos la causa de esas arrugas que antes de tiempo yá le surcan el rostro, de aquel aire de preocupación y de tristeza que le domina cuando está solo en su aposento. El mundo, caprichoso y ciego, reparte sin saber á quién, honores ó baldones: encumbra á un hombre al pináculo de la prosperidad y de la gloria, para gozar del espectáculo de verlo caer desde tan alto; lo adula cuando empieza á elevarlo, le tiene envidia cuando lo contempla en la cima, y lo desprecia y lo olvida cuando le ve abatido.

Pero consoláos: si el mundo os ha pagado tan mal hasta aquí, es porque se reserva para haceros justicia después de muertos, y tendréis la satisfacción de gozar desde vuestra sepultura de la *gloria póstuma*.

El día que muráis, si fuisteis hombres de altos destinos públicos, el cañón tronará cada cuarto de hora, los periódicos

llevarán al margen una línea un poco más ancha que de costumbre; algún orador novel ensayará en la puerta del cementerio con un discurso de cartulina sus disposiciones para la elocuencia, y vuestros admiradores se volverán en carruaje para sus casas, riendo y hablando de cosas indiferentes! Grande consuelo para la pobre alma que ya está cumpliendo la sentencia que se habrá pronunciado contra ella en el tribunal de Dios!

Lo peor del mundo no es cosa alguna de las que llevo dichas, sino lo que exige de sus servidores y la esclavitud en que los tiene. El mundo impone un código severísimo, pide que se cumpla con sin igual dureza y nunca perdona á los transgresores de su ley; para él no hay pecados veniales. ¡Por lo que pasan los mundanos para obedecer á tanta formalidad ridícula, inventada por cualquiera, y sin que nadie les agradezca sus esfuerzos! Os aseguro que si uno de vosotros hubiera hecho por Dios la mitad no más de los sacrificios que ha llevado á cabo en servicio del mundo, tendría ganado el cielo y sería santo y un gran santo.

¡Y por semejante mundo, Jesús mío, os abandonan los cristianos á vos, nuestro Padre, Maestro y Señor, cuyo yugo es tan suave, cuya carga tan ligera, cuyas promesas tan ciertas, cuya recompensa sin medida y sin término!

María Santísima de la Merced nos libra de la ignominiosa servidumbre del mundo, con los ejemplos que nos da y con los auxilios que nos brinda.

Contempladla en todas las edades de su vida: niña, mora escondida en el templo, sujeta á los sacerdotes; doncella, se da por esposa á un pobre artesano de Galilea; madre, y de qué hijo! da á luz el fruto bendito de su seno entre la paja de un establo, y páрте después á recatar su grandeza, primero en las tierras de Egipto, después á la casita de Nazaret, cuyos misterios sólo fue dado conocer á los ángeles. En punto á riquezas María no sólo fue pobre, sino que gustó todas las amarguras de la miseria. ¿Qué madre no tiene para reclinar á su primogénito recién nacido, sino el heno ya deshechado por los animales

del campo? Por lo que toca á los goces y felicidades de la vida, la de la Virgen fue no interrumpida serie de dolores; y los que padeció al pie de la cruz, no fueron sino un acto, y no el más terrible de todos, de su larga serie de tormentos.

Amante de la humildad y del retiro mientras vivió, María Santísima continúa desde el cielo mirando con predilección especial esas virtudes. Las grandes revelaciones y los favores insignes de la Reina del cielo han sido en todo el curso de la historia de la Iglesia en favor de los humildes y pequeñuelos, de las almas retiradas del siglo; el escapulario se concede á Simón Stock, el rosario, á Domingo de Guzmán; la última y más señalada aparición de María fue á una pobre pastorcita de los Pirineos.

El amor de Nuestra Señora por los que dejan las vanidades terrenas, el santo desvío que profesa á las máximas del mundo, se ostenta hermosamente en la institución de la Orden de la Merced. Revélase la Virgen Santísima á Raimundo de Peñafort y á Pedro Nolasco, almas entrambas alejadas del bullicio de los hombres y dadas á la oración y al recogimiento; y si Dios concede el mismo favor al rey Jaime de Aragón, es para mostrar que en medio de las riquezas, y aun entre los esplendores del trono puede un hombre vivir lejos del mundo y de acuerdo con los preceptos evangélicos.

No funda María su Orden en favor de los grandes ó de los felices de la tierra, sino para socorrer la miseria de los cautivos detenidos en tierras de moros; y dispone que los religiosos de la nueva orden lleven la renuncia de los bienes terrenos hasta más allá del heroísmo. Los mercedarios, en efecto, añaden á los tres ordinarios votos de pobreza, castidad y obediencia, el de quedarse cautivos en poder de los infieles, cuando sea preciso para libertar á sus hermanos. Asombrosa abnegación que hace de los frailes de la Merced el vivo retrato de Jesús, la inocencia misma, entregado á sus enemigos para sufrir la pena que nosotros merecimos por nuestras culpas.

Y la Virgen Santa, después de darnos el ejemplo del despego del mundo, nos auxilia eficazmente para que la imitemos. El amor á María supone necesariamente el de Jesús; y cuando

ese doble amor prende en una alma no queda allí lugar para ningún afecto puramente terreno. ¿Ni cómo ha de gustar de las bellotas dejadas de los cerdos quien ha comido del pan y del aceite y del vino de la casa paterna? qué halago pueden ofrecer las cosas de este mundo á quien ya disfrutó de las del cielo? ¿Querrá vivir en el fango el que tiene alas poderosas con qué remontarse hasta los cielos?

Notad que los santos más devotos de María, al par que los más alejados del mundo han sido los más favorecidos con los favores sobrenaturales. San Efrén de Siria, que puede llamarse entre los Santos Padres de Oriente, el Doctor de María, á menudo se veía obligado á exclamar: "Señor, retiráos de mí; la debilidad de mi sér no puede soportar la fuerza de vuestras caricias divinas." Recordad los dones concedidos á un San Bernardo, á un San Buenaventura; y en nuestra edad, á un San Alfonso de Liguorio, y sabréis cuáles son los recursos de María para disgustar á sus siervos de los falsos bienes de este suelo.

Principiemos en nombre y con el patrocinio de la Virgen Santísima de las Mercedes á romper las cadenas que nos atan; y el rico en medio de sus riquezas, el pobre entre su miseria, el magnate en su grandeza y el humilde en su humildad, vivan todos según el Evangelio, y se habrán librado de la servidumbre degradante del mundo.

Y el día que el Evangelio pase de los entendimientos á los corazones; de las prácticas externas de piedad á vivificar todos los actos de la vida privada de los individuos y de la vida pública de la nación colombiana, ese día podremos creernos totalmente regenerados; ese día Jesucristo reinará de veras sobre nosotros, y seremos la porción predilecta de nuestra bendita Madre María.



## SAGRADA CONGREGACION DE INDULGENCIAS

### DECRETO URBI ET ORBI

por el cual se conceden Indulgencias á los niños que por primera vez se acerquen á la Sagrada Eucaristía, y también á los consanguíneos de los niños y demás fieles que asistan á las ceremonias de la primera comunión.

Es sobremanera conveniente que á los niños que por primera vez se han de acercar al Santísimo Sacramento de la Eucaristía, se les secunde por cuantos medios sean adecuados y eficaces para que reciban este Sacramento con los mejores y más ardorosos sentimientos de piedad, y así perciban de él frutos más fecundos. En virtud de esto, se dirigió una petición á Nuestro Santísimo Padre Pío X para que se dignara favorecer á los niños que por primera vez se hubiesen alimentado del Pan de la Sagrada Mesa, con el tesoro de las Indulgencias.

Y como es costumbre general el que asistan á esta piadosa ceremonia no solamente los padres de los niños de primera comunión, sino también gran número de fieles, y comulgar juntamente; para que no decaiga tan laudable costumbre, muy á propósito para que la ceremonia de la primera comunión sea más solemne, y su memoria perseverare más indeleblemente y con mayor viveza en el alma de los niños, se pidió igualmente á Nuestro Santísimo Padre se dignara de la misma manera conceder benignamente alguna Indulgencia á los que asistiesen á las ceremonias de la primera comunión.

Elevada esta petición á la Sagrada Congregación de Indulgencias y Sagradas Reliquias, por el infrascrito Cardenal Prefecto, en audiencia de 12 de Julio de 1905, Su Santidad la acogió con especial predilección, concediendo de buen grado las Indulgencias á continuación expresadas, aplicables también por los difuntos, á saber: *Plenaria*. I. A los niños confesados y

que oren según la mente de Su Santidad, el día en que por primera vez hayan recibido la sagrada comunión. II. A los consanguíneos de tales niños, hasta el tercer grado, si del mismo modo han purificado sus conciencias con la confesión sacramental y comulgado, siempre que oren según la misma intención; y siete años y siete cuarentenas á los fieles que asistan á tales ceremonias, á lo menos con ánimo contrito.

El presente Decreto tendrá valor siempre en adelante, sin que obste cualquiera cosa que en contra se presente.

Dado en Roma, en la Secretaría de la misma Sagrada Congregación, el 12 de Julio de 1905.

(L. ✠ S.)

A. CARD. TRIPEPI  
Præfectus.

✠ D. Panici, Archiep. Laodicen. Secret.

### Consagración Episcopal

El domingo 5 de los corrientes recibió, en la Santa Iglesia Catedral, y de manos del Illmo. y Rvmo. Señor Arzobispo Primado de Colombia, la Consagración Episcopal, el Illmo. Sr. Dr. D. Eduardo Maldonado Calvo, Obispo de Tunja. Oficiaron como Asistentes los Illmos. Sres. Arzobispo de Popayán y Obispo de Maximópolis.

A la ceremonia concurrieron el Excmo. Señor Delegado Apostólico, el Illmo. Sr. Casas, el Excmo. Sr. Presidente de la República y los Ministros del Despacho, el Sr. Secretario de la Delegación Apostólica, las altas autoridades eclesiásticas y civiles, algunos miembros del Cuerpo Diplomático, y gran número de Sacerdotes y fieles.

Al felicitar al Nuevo Ungido del Señor, LA IGLESIA se complace en presentarle sinceros homenajes de veneración, y hace votos muy fervientes porque sea santamente fecunda su Misión Pastoral.

## Santo Toribio de Mogrovejo.

*Arzobispado de Lima—Lima, Septiembre 13 de 1905*

Dignísimo Arzobispo de Bogotá en Colombia.

Se acerca ya la fecha memorable (23 de Marzo de 1906) que señalará en la Historia el tercer centenario de la gloriosa muerte de Santo Toribio Alfonso de Mogrovejo, segundo Arzobispo de Lima.

Tócame á mí, el más indigno de sus sucesores, celebrar esta fiesta, que es de Lima, principalmente, pero que lo es, también, de toda la América latina.

No igualará la pompa de esta solemnidad á los deseos de mi corazón, ansioso de honrar, sin medida, al ilustre santo, que ha cubierto de eterna gloria el Trono Arzobispal de la Iglesia de Lima.

Procuraremos, sin embargo, con la cooperación de nuestro venerable clero, poner una corona de siemprevivas en sus sagradas reliquias y escribiremos, con letras de oro, en los Anales eclesiásticos de esta Arquidiócesis, una nueva página en su honor.

Más grandioso que este homenaje de la Iglesia de Lima, será el himno de amor y de veneración, que se elevará de todas las catedrales de la América latina, rasgará las nubes, penetrará en los cielos y extinguirá sus últimas melodías, en el trono de gloria de nuestro ilustre santo.

Y es justo que así sea, porque una gran parte del Continente americano estuvo bajo su cayado pastoral; porque sus concilios fueron, y son hasta hoy, la norma sagrada de la disciplina de las iglesias de América; porque, siendo muchos los Obispos americanos ilustres por la ciencia y la santidad, sólo él ha alcanzado el honor de los altares; y, finalmente, porque tiene la gloria, á la par que San Carlos Borromeo, de haber publicado y cumplido la sabia legislación del Concilio de Trento.

Por todas estas razones, extendió León XIII, de santa memoria, la liturgia propia de la festividad de nuestro Santo á todas las iglesias de la América latina.

Usía Illma. y Rvma. se asociará, sin duda, á la Iglesia de Lima para enaltecer, con cultos especiales, en la Diócesis que dignamente gobierna, este centenario, que nos recuerda el tránsito glorioso al cielo de nuestro amado y santo Arzobispo.

En tal supuesto, ruego á Usía Illma. y Rvma. que se digne disponer el envío á nuestra Secretaría, de una relación, lo más completa posible, de las fiestas que se celebren en su Diócesis.

Con sentimientos de la más respetuosa consideración, me suscribo de Usía Illma. y Revma., afectísimo y humilde servidor,

✠ MANUEL  
Arzobispo de Lima.

## RENTAS ECLESIASTICAS

*República de Colombia—Ministerio de Hacienda y Tesoro—Ramo del Tesoro—Sección 1.ª—Número 1,989—Bogotá, 24 de Agosto de 1905*

Illmo. Sr. Arzobispo de Bogotá, Primado de Colombia—E. S. D.

Al oficio elevado á este Despacho por S. S. Illma., recayó la resolución que tengo el honor de comunicar:

*“Ministerio de Hacienda y Tesoro—Sección 2.ª—Bogotá, Agosto 21 de 1905*

Visto el anterior oficio suscrito por el Illmo. Sr. Arzobispo de Bogotá, en el cual solicita que se reforme la Resolución dictada por la extinguida Junta de Amortización, que fijó el precio de la moneda de plata á la ley de 0.835, en relación al talón de oro en el 25 por 100, y

CONSIDERANDO:

Que de conformidad con los certificados que S. S. Illma. acompaña en apoyo de su solicitud, suscritos por los Gerentes

de los Bancos de Bogotá y Colombia y por el Comisionista Sr. Luis Soto L., quienes aseveran que en los lugares de la República donde circula la moneda de 0.835 se obtiene al 260 sobre la moneda de oro,

## SE RESUELVE:

Fijase el precio de la moneda de plata á la ley de 0.835, al doscientos sesenta por ciento de cambio, con relación al talón de oro, que es la moneda de cuenta.

Con nota de estilo comuníquese á S. S. Illma.

El Ministro,

PEDRO ANTONIO MOLINA"

De S. S. Illma., atento seguro servidor,

Por el Ministro, el Secretario,

B. SANÍN CANO

## SUPLICA

Agotados los fondos con que se contaba para la construcción del Templo Votivo del S. Corazón de Jesús, se suplica á los sacerdotes y fieles católicos contribuyan con sus limosnas para aquella obra, en cuya conclusión deben interesarse todos los colombianos.



## LA IGLESIA

ORGANO OFICIAL DE LA ARQUIDIOCESIS DE BOGOTÁ

Año I—Vol. I { Diciembre 1.º de 1905 } Número 3.º

## CIRCULAR DEL ILLMO. Y RVDMO. SR. ARZOBISPO

CON OCASIÓN DE LA PRÓXIMA FESTIVIDAD DE LA  
INMACULADA CONCEPCIÓN

NOS BERNARDO HERRERA RESTREPO  
POR LA GRACIA DE DIOS Y DE LA SANTA SEDE APOSTÓLICA  
ARZOBISPO DE BOGOTÁ, PRIMADO DE COLOMBIA  
Prelado Doméstico de Nuestro Santísimo Padre el Papa, Asistente  
al Solio Pontificio, etc.

*Al Venerable Clero Secular y Regular y á los fieles de nuestra  
Ciudad y Arquidiócesis, salud y bendición en Nuestro Señor  
Jesucristo.*

Hace ya un año que, obedeciendo á los deseos de Nuestro Santísimo Padre el Papa, os invitamos á tomar parte en el regocijo de la Iglesia Universal que iba á celebrar el quincuagésimo aniversario de la definición solemne del dogma de la Concepción Inmaculada de MARÍA SANTÍSIMA Nuestra Señora. Tuvimos el consuelo de que vosotros atendierais nuestras exhortaciones, y de que según nuestras fuerzas, en la época luctuosa que hemos alcanzado se celebrara de un modo especial la festividad de aquella Madre sin mancha, Patrona de nuestra América, de nuestra Arquidiócesis, y de esta Ciudad. Los homenajes así públicamente tributados á María Inmaculada serán parte á no dudarlos para alcanzar remedio de las múltiples necesidades que nos aquejan, ya en lo temporal, ya muy principalmente en lo espiritual.